

y limones extendidos.
Si desde Aracena, pan.
Si desde Zamora, vino
dorado al lado del Duero.
¡Pájaros si desde Miño!

Y en otro poema, Pereira, se hace compañero del tren, y escribe:

“De pronto, el tren,
más cerca, paralelo.
Yo por la carretera con mi mundo.
El tren rodando su refrán de hierro.
El va sobrecargado de alegría.
Yo me remuerdo de marchar ligero.
En la boca del túnel se me pierde.
Queda el humo detrás como pañuelo...”

Si en verdad perdemos estos trenes, vamos a perder mucho: aparte de lo que económicamente va a significar, posiblemente ya no oiremos más ese Mérida-Los Rosales, aureoladas palabras de arqueología y flores; ni nos sonarán tanto el mar de Huelva, Colón y la epopeya americana: “Huelva en la orilla”, más ahora que nunca para los extremeños. Y Plasencia perderá dignidad ecuménica cuando sea suprimida de las guías ferroviarias y de las preguntas de los viajeros que hacían el trayecto por primera vez. De Zafra ¡qué vamos a decir! Era estación de enlace, con solera como Venta de Baños, Medina del Campo o Monforte de Lemos. Conocida por el tren, en toda España, y desde ya, si cuaja el proyecto, huérfana de conocimiento. Y no olvidemos Almorchón, casi en la linde por donde pasa el Zújar, donde el Marqués de Santillana halló a la vacquera de la Finojosa, VI de sus “Serranillas”, que se escribió en Jerez de los Caballeros...

Los raíles, en su muerte, se verán arrojados —y es una suerte dentro de todo— por hierbas y jaramagos, que es la mejor mortaja que pueden tener. Pero ¡qué pena! Desaparecerán el pitido de las locomotoras, el humo de sus chimeneas, el traqueteo de sus ruedas y la visión del maquinista que, como en el poema de Pereira, nos va diciendo ¡adiós!, con esa mano que es pañuelo de carne y huesos lanzado a la brisa de los encinares de la dehesa o a los viñedos de Almendralejo.

Mientras tanto, esperemos, con la esperanza de que este proyecto, como otros muchos en la vida, se quede en eso.

Poemilla

La luz,

el agua,

bordan un rizo,

rizo de plata.

La noche,

el viento,

corceles corren,

corren ligeros.

La risa,

el llanto,

esencia íntima

del ser humano.

(Que al correr las horas...

se riza, corre, se ríe y se llora.)

Enrique LOUZADO